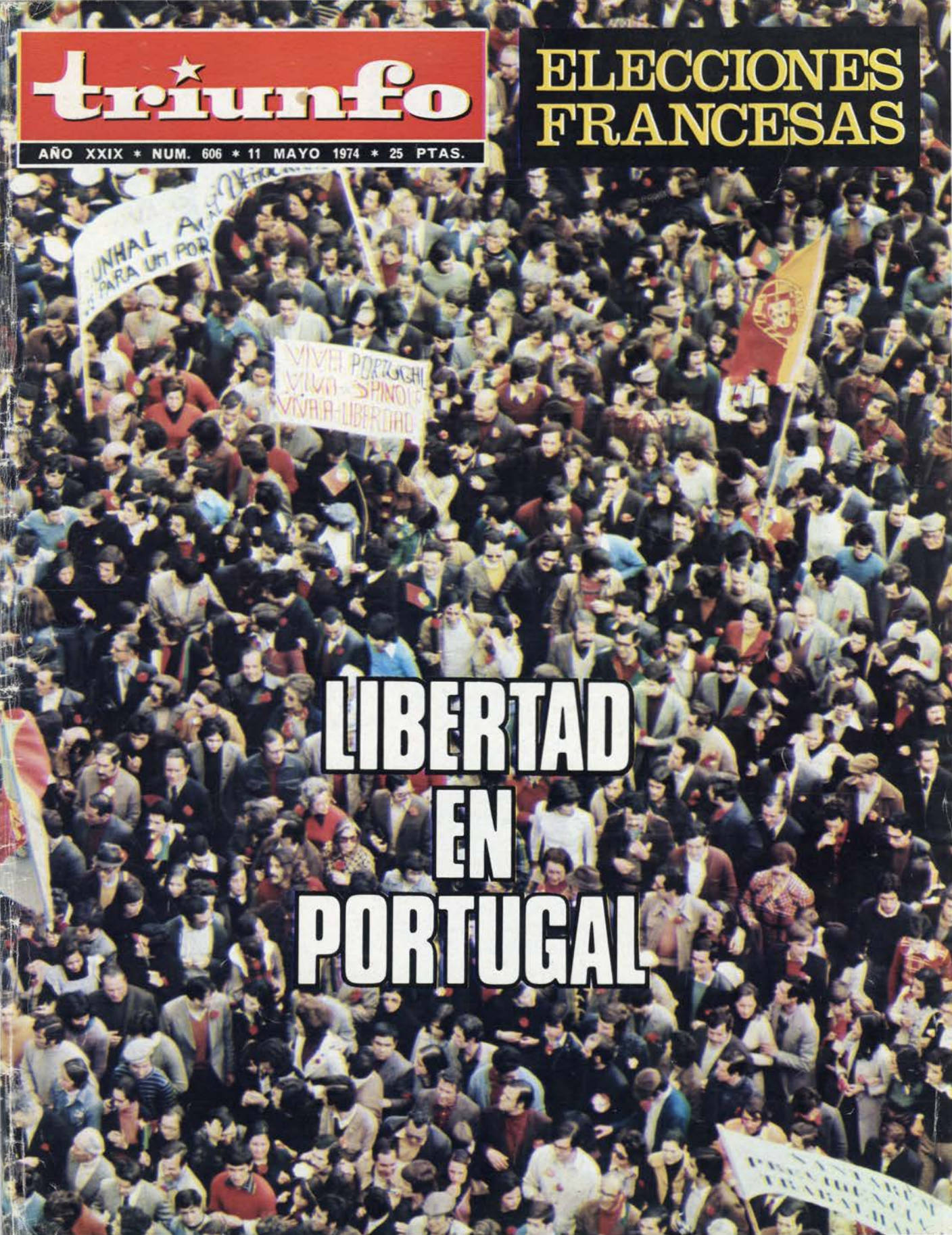
triunfo

AÑO XXIX * NUM. 606 * 11 MAYO 1974 * 25 PTAS.

ELECCIONES FRANCESAS



LIBERTAD EN PORTUGAL

DIRECTOR
José Angel Ezcurra

SUBDIRECTOR
Eduardo Haro Tecglen

JEFES DE REDACCION
César Alonso de los Ríos
Víctor Márquez Reviriego

REDACCION EN BARCELONA
Manuel Vázquez Montalbán

REDACCION Y COLABORACION
Juan Aldebarán • Francisco Almazán • Pablo Berbén • Sixto Cámara • Luis Carandell • Eduardo Chamorro • Ramón Chao • Chumy-Chúmez • Luis Dávila • Guillermo Luis Díaz-Plaja • Antonio Elorza • Diego Galán • José Luis García Delgado • José Antonio Gómez Marín • Fernando Lara • Arturo López Muñoz • Diego A. Manrique • Enrique Miret Magdalena • José Monleón • José María Moreno Galván • Juan Muñoz • OPS • Nuria Pompeia • Joaquín Rábago • Regueiro • Santiago Rodríguez Santerbás • Santiago Roldán • Saltés • Joan Senent-Josa • Tauler • Dr. J. A. Valtueña, • Martín Vilumara • Ricardo Zamorano

*

SERVICIOS INFORMATIVOS: Cifra • Efe • Europa Press • Fiel • Prensa Latina • **SERVICIOS ESPECIALES:** Le Nouvel Observateur

*

DIRECCION TECNICA
Antonio Castaño

CONFECCION: A. Jiménez • **FOTOGRAFIA:** Ramón Rodríguez • **ARCHIVO Y DOCUMENTACION:** Carmen Fernández Ruiz y E. Fornet • **LABORATORIO:** Manuel S. Uría

*

DIRECCION ADMINISTRATIVA
Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Utasá **DISTRIBUCION:** Antonio Perales • **EXPEDICION:** Manuel Fernández • **SUSCRIPCIONES:** María José Urizarna

SERVICIOS GENERALES:
Araceli Ramiro

SECRETARIA DIRECCION:
Begoña García Bilbao

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

CONTROL DE DIFUSION

SUMARIO

5.ª EPOCA * AÑO XXVIII * NUM. 606 * 11 DE MAYO DE 1974 * 25 PESETAS

Págs.

HACIA UNA MAYOR DEMOCRACIA EN FRANCIA, por E. Haro Tecglen. 6-7
VECINOS, por Pozuelo. 7

PORTUGAL: LA SUSTITUCION DEL REGIMEN, por E. Haro Tecglen. 8-11
1.º DE MAYO EN LISBOA, por C. Alonso de los Ríos. 12-13
UNA MANIFESTACION DE LA BASE, por Víctor Márquez Reviriego 14-15
LA CAPILLA SIXTINA: ¡AY, PORTUGAL, POR QUE TE QUIERO TANTO!, por S. Cámara. 15
NOSSA ARMAS SAO FLORES, por Luis Carandell. 16-18
RETRATO DE UN CAPITAN, por Manuel Leguineche. 19-20

EL CASO OPPENHEIMER, por Juan Aldebarán. 25-27
CANARIAS: ¿PARAISO PERDIDO?, por Fernando Lara. 29-33
CHUMY-CHUMEZ. 35
CRECIMIENTO CON LIMITES O CRECIMIENTO CERO, por Ramón Tamames. 36-40
REGUEIRO. 44
VISION ARTIFICIAL PARA CIEGOS, por Manuel Velarde. 45
REFERENDUM A LA ITALIANA, por M. Padovani. 47
LA DOMA DEL MACHO, por María Esther Gilio. 48-51
OPS. 52
CORTAZAR: "MUCHAS ESPERANZAS SE HAN VISTO FRUSTRADAS, por José Luis Jover. 57-61
TUÑON DE LARA: EL TRABAJO DE HISTORIADOR, por Antonio Elorza. 62-67
LECTORES. 69-71
LAS VIDAS DE JESUS, por E. Miret Magdalena. 72
ARTE, LETRAS Y ESPECTACULOS: Libros: *Inman Fox: el joven Maeztu y el socialismo. Para una ciencia ácrata. Efemérides. Artaud y el cine. Gila, precursor y permanente. Los alumbrados.* Teatro: *"Allo que tal vegada s'esdevingue", de Joan Oliver. "Cuatro obras", de Castelao.* Cine: *El Festival de Cine de Valladolid. Amor empieza con "H" de Historia.* Arte: *Vicente Larrea. Arte de Artesanía.* 77-87
"TRIUNFO" RECOMIENDA. 87
HEMEROTECA. 88-91
DAMERO. 92

triunfo **EDITA:** PRENSA PERIODICA, S. A. **REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables. Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Director general: Joaquín Moreno Lago. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16. Director Cataluña: Emilio Becker. Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME.** Hauser y Menet, S. A. Plomo, 19 Madrid-5. **D. L.:** M. 1.272-1958.

TARIFAS DE SUSCRIPCION.—ESPAÑA: Semestral (26 números), 625 pesetas; anual (52 números), 1.200 pesetas. Portugal, Marruecos, Filipinas e Hispanoamérica: Semestral, 800 pesetas; anual, 1.400 pesetas. Restantes países: Semestral, 950 pesetas; anual, 1.500 pesetas. Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

PORTUGAL

LA SUSTITUCION DEL REGIMEN

PORTUGAL va a tener un gobierno de civiles, provisional, hacia el 16 de mayo. Se está gobernando ahora de una manera que probablemente no tiene precedentes en la historia contemporánea. La Junta ha nombrado delegados —militares, pero no de mayor graduación que capitanes, algún comandante— en los antiguos ministerios, donde los antiguos funcionarios siguen despachando los asuntos corrientes; pero, al mismo tiempo, hay un espontaneísmo civil que va modificando las situaciones, las estructuras, sustituyendo personas, cambiando métodos. Con prudencia, sin daños, y dentro del vago programa general de democratización de la Junta, leído por Spínola al día siguiente del movimiento. Ante estos cambios, los militares que tienen el poder guardan una especie de neutralidad. Hay que advertir ahora que todas las palabras usuales ofrecen numerosas dudas al ser empleadas para describir la situación nueva de Portugal. Por ejemplo, la palabra poder. No cabe duda de que la Junta lo tiene en sus manos por entero y que de cuando en cuando emite un comunicado de cierta severidad verbal para prevenir posibles desafueros; pero es un poder ingrávido, invisible, que deliberadamente está dejando que este espontaneísmo de sustitución del régimen antiguo se desarrolle y que se cree una forma de responsabilidad. Spínola dijo que había que acabar con el mito de la falta de madurez del pueblo de Portugal; en muchos artículos se leen frases del tipo de «Estamos aprendiendo». «¿Cómo será la libertad? No lo sé todavía. Estoy llena de buena voluntad de aprender», escribe Vera Lagoa. La Junta está dejando que el aprendizaje de la libertad, de la responsabilidad, lo aprenda cada uno. ¿Es esto neutralidad? También es una palabra equívoca, insuficiente. La Junta querría no modificar nada que no fuese inmediato y esencial, para que fuese el gobierno provisional civil el que realizase esta tarea, pero no hace el menor intento de oposición a las modificaciones populares. Por ejemplo, los funcionarios del Ministerio de Corporaciones quisieron cambiarle su nombre por el de Trabajo (las corporaciones, el corporativismo, es la base orgánica del fascismo), y la Junta prefirió que mantuviese su antiguo nombre hasta que se organice el gobierno; pero los empleados taparon el rótulo viejo por un gran cartelón que le proclama «Ministerio de Trabajo», y nadie se ha opuesto.

El mosaico de los partidos

Este ejemplo podrá no tener importancia, pero hay hechos mucho más significativos. El joven comandante Mariz Fernández, delegado de la Junta en el Ministerio de Información, declara que oficialmente en el país no hay partidos políticos; que se trata de constituir asociaciones para que de ellas, a su vez, nazcan los partidos; pero los partidos políticos están funcionando, tienen sus sedes abiertas, emiten comunicados. E incluso son utilizados por la Junta, como en el caso de Mario Soares, el dirigente socialista, que ha visitado a todos

Eduardo Haro Tecglen

los gobernantes socialistas de Europa en un avión puesto a su disposición por la Junta y en nombre de ella.

Los partidos que están funcionando en Portugal en este momento son principalmente de izquierdas; es decir, los salidos de la clandestinidad. Pero también actúan libremente los de derechas (no fascistas) y son recibidos por la Junta, y celebran sus reuniones. Los más a la derecha son los monárquicos (que aspiran a la restauración de la casa de Braganza; el pretendiente es don Duarte, que en algún tiempo tuvo también aspiraciones a la Corona de España). Están divididos. «A Causa Monárquica» es reducido; «Convergencia Monárquica» es algo mayor, porque reúne tres grupos anteriores (Movimiento Monarquía Popular, Liga Popular Monárquica y Renovación Portuguesa) y porque pretende una monarquía democrática. «Programa» tiene el aspecto de un club de estudios políticos, y representa los tecnócratas de derechas. El Movimiento Federalista Portugués sería un partido de centro derecha, en el que figurarían nombres del derrocado régimen de Caetano: el que era hasta ahora ministro de Información, Silva Pinto, y el que lo era de Educación, Vega Simao. «Sedes» es un partido de desarrollo económico y social con un programa vago de «democracia europea»; algunos de sus miembros tienden al socialismo clásico, otros hacia una nueva social democracia, que tiene su partido, el Social-Democrático, pequeño, que pretende un socialismo no dogmático.

Es muy posible que todos estos pequeños movimientos, a partir del federalista, vayan a encuadrarse en una nueva formación, en un centro-izquierda, que está creándose en estos momentos. Habrá que dedicar mucha atención en el futuro a este partido. Trataría de formarse en torno a la figura del profesor Rui Luis Gómez, que acaba de regresar del exilio en Brasil, donde pasó dieciséis años: tuvo que exiliarse porque se presentó a las elecciones presidenciales contra el candidato de Salazar. Es un santón, y su llegada a Lisboa y luego a Oporto —donde era catedrático de Universidad— ha sido una apoteosis. Este centro-izquierda tendría figuras como el profesor Morgado —compañero de exilio de Rui Luis Gómez—, el profesor Miller Guerra, los doctores Sa Carneiro, Magalnaes Mota y Francisco Balsemao, el ingeniero Correia da Cunha, el poeta Rui Belo. Su programa, hasta ahora, es bastante vago: «Dar cuerpo a las aspiraciones de amplias corrientes de la vida nacional, haciendo intervenir en la vida política un movimiento con el propósito de atender las aspiraciones de varios sectores, en el que se incluye el estudiantil». No sería extraño que la Junta tuviera muy en cuenta la figura de Rui Luis Gómez para presidir un gobierno de concentración nacional.

Este intento de concentración nacional está presente ya en organizaciones clandestinas, como el Movimiento Democrático Portugués, en el que han colaborado socialistas, comunistas y cristianos, con la denominación común de antifascistas y en la CDE —Comisión Democrática Electoral—, que era prácticamente el grupo de enlace del MDP, que ahora podrían conformarse como verdaderos partidos políticos, compuestos por aquellos que prefiriesen militar en estas agrupaciones en lugar de en los partidos originarios.

Los dos partidos más numerosos son el Socialista y el Comunista, aunque naturalmente, recién salidos de la clandestinidad y de una persecución especial, no es posible tener estadísticas de afiliados y simpatizantes. Las llegadas de sus dirigentes, Mario Soares y Alvaro Cunhal, respectivamente, fueron manifestaciones numerosísimas, y su presencia en la celebración del 1 de mayo despertó el entusiasmo de la multitud. El partido Socialista es reciente: se fundó en 1972, procedente de la Antigua Acción Socialista Portuguesa, creada en 1964. Su dirigente, Mario Soares, no es solamente una figura socialista de enorme prestigio, sino que este prestigio desborda los cuadros del partido. Se está hablando de Soares como posible ministro de Asuntos Exteriores, y en realidad está actuando como tal en sus entrevistas con los dirigentes europeos. El partido comunista está fundado en 1921; su secretario general, Alvaro Cunhal, es viejo luchador, muchas veces detenido, fugado de prisión, y probablemente ministro en el gobierno provisional que se va a crear. Hasta ahora, Soares y Cunhal mantienen la alianza táctica de los dos partidos, si bien sus divergencias son muchas.

El Partido Comunista se ha adherido desde el primer momento al programa de la Junta Militar, y continuamente emite comunicados secundando los decretos de la Junta y exhortando a sus militantes a mantenerse en orden, evitar el revanchismo o incorporarse al servicio militar en el caso de que sean prófugos o desertores, acogiéndose a la amnistía decidida por la Junta.

Más a la izquierda están los «grupúsculos»: el Partido Revolucionario del Proletariado, la LUAR de Herminio da Palma (véase el número anterior de TRIUNFO), el MRPP, o Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado, cuyas pintadas son prácticamente las únicas que se ven ahora en Lisboa, y que difiere notablemente de las consignas de la Junta y de los partidos democráticos: querría una toma de poder inmediata y un abandono inmediato de Africa (los partidos comunistas y socialistas entienden también que Africa debe abandonarse, pero creen necesario un plazo de negociaciones). Existe también el Frente Libertario Portugués, del Frente Anarquista Ibérico, que entiende que «la lucha debe continuar» y que su acción es «apolítica, de esclarecimiento y de cooperación en la liberación de todos los pueblos del yugo del colonialismo».

El espontaneísmo: Brotan los sindicatos

Pero en tanto estos partidos actúan o comienzan a actuar en la vida política, el movimiento espontaneísta ha comenzado en los sindicatos. Sindicatos libres se llaman ahora, en oposición a las corporaciones y gremios del régimen fascista, pero salidos de sus estructuras. Su trabajo ha sido inmediato. Fueron ellos los primeros que se encargaron del funcionamiento de los bancos para evitar la temida fuga de capitales, dejando sin función a los consejeros de Administración. De ellos salieron las instrucciones para que no pudieran ser retiradas de las cuentas corrientes más de 2.000 escudos diarios (algo menos de cinco mil pesetas); cuando se echaron encima las nóminas de fin de mes, tomaron las disposiciones necesarias para que las empresas pudieran retirar los fondos necesarios. Posteriormente, un decreto de la Junta ha dictado disposiciones obligatorias (como, por ejemplo, la obligatoriedad de aceptar cheques y las penalizaciones importantes para que los den sin fondos, etcétera) para mantener la situación financiera, y los sindicatos las han acep-

Mario Soares y Alvaro Cunhal, a su llegada a Lisboa, uno en tren y otro en avión, después de años de exilio.

tado. Fueron estos sindicatos los que se encargaron de que no fallara el abastecimiento de la capital de la distribución de la gasolina...

Comisiones «ad hoc»

De alguna manera este movimiento recuerda el de mayo de 1968 en París, aunque mucho más moderado. Aquí no se trata de «la imaginación al poder». No hay imaginación, sino sentido práctico. En cada sector de trabajo se forman las llamadas comisiones «ad hoc» —un término de moda—, que se van haciendo cargo de los problemas de su profesión. Todas las revindicaciones son de tipo profesional. Por ejemplo, los médicos y asistentes dedicados a la salud mental del niño en un centro de Lisboa hacen público su programa para cumplir mejor su función (que los niños no sean hospitalizados con los adultos, que se renueve el material, que haya revisiones escolares, etcétera); esto ocurre con los zapateros, los químicos, los ingenieros, los profesores de la Facultad de Medicina... Uno de los aspectos en que ha sido más visible esta creación de comisiones «ad hoc» fue, naturalmente, en los periódicos, en la radio, en la televisión. Se han encontrado de pronto sin censura de ninguna clase y con una responsabilidad enorme. Las comisiones son consejos de redacción; eligen sus redactores-jefe o sus directores. Rechazan la censura interior. En el caso de la emisora católica Radio Renascença: los directivos quisieron evitar que se dieran noticias de las llegadas de los dirigentes socialista y comunista, Soares y Cunhal, y los redactores —y el personal auxiliar— se declararon en huelga. No trataban, decían, de exaltar ni de magnificar la figura de los dirigentes populares, pero su profesión les obligaba a dar noticia de ello, en tanto que era un acontecimiento de primer orden en Portugal. En este caso intervino la Junta, y, como en todos, dentro de lo que hemos llamado su neutralidad: no trataba de forzar a ninguna de las dos partes, pero insistía en que la radio no podía permanecer silenciosa en momentos importantes para la vida del país. Quizá esta neutralidad se inclinase más hacia la comisión de redactores: la dirección fue sustituida, la censura interna desapareció y las emisiones volvieron al aire.

Aprendizaje de la responsabilidad

Ocurre de esta forma que los periódicos no están ahora manifestando opiniones —aparte de algunos artículos firmados por sus colaboradores—, sino una continua información, y unos llamamientos continuos al orden, a estimular la sensación de «mayoría de edad», la responsabilidad de cada uno...

A veces, ciertos grupos no saben qué hacer con esa responsabilidad. Por ejemplo, los distribuidores de películas. Algunos se han apresurado a programar con arreglo a las circunstancias: aparece «El acorazado Potemkin», que tiene algo de simple imagen de lo que ocurre en Lisboa, donde los fusileros de Marina, con un clavel en la mano y una ametralladora en la otra, guardan una especie de orden: es decir, confraternizan con la población, dialogan con ella, están simplemente presentes: aparece la última película portuguesa prohibida por la censura, aparece un film de Glauber Rocha (el cual está filmando incansablemente en Portugal un largo film documental sobre la liberación del país). Pero, ¿qué películas van a traer del extranjero? Su tendencia al negocio les hace pensar en aquellas que son consideradas como pornográficas, pero su sentido de la responsabilidad se lo impide. Así han decidido en su comisión «ad hoc» traer, como ensayo, «El último tango en París», para ver en qué sentido lo acepta o lo rechaza la población de Lisboa.

Brotan cine-clubs. Aparecen nuevos grupos de teatro. Otros modifican su programación sobre la marcha. Actores y autores se reúnen. Se reúnen los escritores de la televisión —que ha cambiado ya totalmente de aire: ha dejado de ser sombría y machacona para comenzar a buscar nuevas formas expresivas...—. No hay un sector de la vida nacional que no esté tocado por este movimiento de renovación, de busca. Todo ello, repitamos, lento, cuidadoso, responsable. Aunque no se sabe qué aceleración histórica podrá tener.

¿Qué futuro?

No se sabe, y ésta es la pura realidad, dónde va a terminar este movimiento. Si es que tiene fin. Y ésta es una medida muy importan-

LA SUSTITUCION DEL REGIMEN

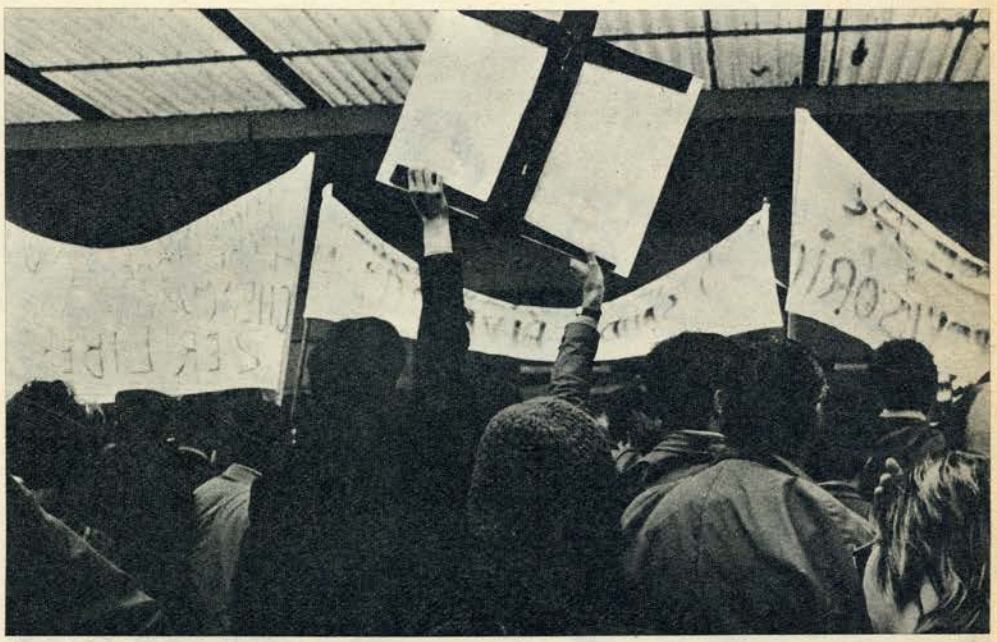
te: la dictadura anterior era un fin en sí, algo definido y con conclusiones definitivas, y la política es una busca continua, una forma de cambiar las administraciones y los gobiernos a medida que cambian las coyunturas y la dinámica de vida. Al entrar en la política, Portugal está empezando a descubrir esta regla de lo no definitivo, de lo que no puede ser eterno, de lo cuestionable. Pero, ¿cómo se va a organizar, cómo va a ir funcionando? ¿Puede llegar a ser una democracia popular, va a ser una democracia occidental?

Todo hace pensar ahora que el modelo que se busca es este último, y que lo busca incluso —o sobre todo— el partido comunista. El mecanismo previsto ahora es éste: gobierno provisional de concentración, con ministros que representen más o menos todos los partidos; preparación de una ley electoral, elecciones dentro de un año, Asamblea Constituyente, promulgación de la Constitución y, con arreglo a ella, elecciones generales para la primera Asamblea Nacional. En total, un período que puede durar un par de años. Durante los cuales va a continuar la tutela de la Junta sobre los civiles. Está claro que la Junta tiene un programa, que ese programa ha sido asumido por las fuerzas políticas y que por ahora nadie se va a separar de él.

Política exterior: Los pactos

Algo muy significativo está ya en las declaraciones de política exterior. La Junta ha hecho saber que va a respetar todos los pactos. Entre ellos está, naturalmente, el de la OTAN: tanto socialistas como comunistas están de acuerdo en que Portugal permanezca dentro de la alianza atlántica, y también ellos y la Junta lo están en el reconocimiento inmediato —en cuanto haya gobierno de civiles— de la URSS, de China, de los países del tercer mundo, de los que estaban separados por las guerras africanas. Está la adhesión al Mercado Común: los partidos quieren que se vaya más lejos, hasta llegar a la integración.

Entre estos pactos, está el Pacto Ibérico, con España. Las relaciones con España son un tema principal de atención, puesto que proceden directamente del régimen anterior. Se ha dicho en Lisboa que ha estado visitando a los miembros de la Junta Nicolás Franco y Pascual de Pobil, pero no se aclara si lo ha hecho en nombre propio o con una misión oficiosa del gobierno. Hay quien dice que puede ser embajador de España, como lo fue su padre. La Junta entiende que debe respetar el Pacto Ibérico, como todos los existentes, y los partidos políticos no se manifiestan en contra. Mario Soares ha ha declarado que hay razones muy antiguas, por encima de las situaciones políticas, para que los dos países estén bien relacionados; el comunista Alvaro Cunhal, desde el mismo aeropuerto al que llegó tras su exilio, ha dicho que con España debe mantenerse «una coexistencia pacífica». Brasil es otro caso especial, por las tradicionales relaciones de idioma y de identidad, se entiende que tampoco van a variar y que pueden mejorar en cuanto Portugal abandone Africa. En cambio se ha pedido la ruptura de relaciones con Chile. Sucederá o no sucederá: no tiene importancia mayor. Chile y Portugal no tienen intereses comunes, y su comercio mutuo es mínimo. En todo caso, estas identidades de principio entre la Junta y las fuerzas políticas en cuanto a política exterior muestran que, por ahora, están todos de acuerdo en las cuestiones fundamentales.



Política interior: Las reivindicaciones

Pero en la política interior tienen que surgir problemas muy pronto. Hemos dicho que la mayor parte de las reivindicaciones de los nuevos Sindicatos Livres, creados sobre las estructuras de las antiguas organizaciones, son principalmente profesionales. Pero las hay también salariales. Muchos obreros identifican la nueva situación con una mejora inmediata de sus condiciones de vida. Tienen razón. De nada les sirve que el régimen anterior desaparezca si su vida continúa siendo miserable. Sus peticiones son, por ahora, muy limitadas. Casi ingenuas. Por ejemplo, el sábado por la tarde, una manifestación —con sus marineros, sus claveles, sus canciones: sin ninguna agresividad— recorría las tiendas pidiendo que se cerraran, porque una reivindicación es que no se trabaje los sábados por la tarde. Lo conseguían a veces a fuerza de insistencia: no hay pánico patronal, y los patronos explicaban a veces sus razones para mantener las tiendas abiertas: los sábados son los únicos días en que muchos obreros o trabajadores pueden comprar, porque los otros días no tienen tiempo libre. «¡Ya lo tendrán!», contestaban los manifestantes. En la oficina central de Correos, los carteles piden un salario de 7.000 escudos (algo más de quince mil pesetas) y siete escudos de prima por hora nocturna trabajada. Algo bastante escaso, no inquietante.

El capital: Una cierta satisfacción

Debe ser incluso satisfactorio para el gran capital. Piensa uno que estas concesiones y algunas más deben estar calculadas ya desde antes del golpe, y que los industriales que han favorecido a la Junta y se han adherido a ella deben considerar hasta ingenuas estas peticiones. El gran capital ha sido visita constante de la Junta en Cova da Moura (la Cueva de la Mora: la sede provisional de los militares), y sus declaraciones son, generalmente, satisfactorias. De Antonio Champalimaud —el industrial más poderoso del país— se ha dicho que iba a ser ministro de Finanzas en el gobierno provisional. Lo ha desmentido. No le interesa ni a él ni a la Junta. Pero no ha cesado de hacer elogios a la Junta. Jorge y José Manuel de Mello, del grupo CUF —otro poder— declaran que son partidarios de una democracia occidental con régimen de partidos, incluyendo el comunista; el derecho de huelga no les parece excesivo, porque consideran que las huelgas existían ya de hecho, aunque fueran ilegales, y que es mejor que aparezcan dentro de una organización constitucional. Manuel Ricardo Espíritu Santo —la banca Espirito Santo— desea unos sindicatos con los que entenderse, que trabajen para el mejor desenvolvimiento de la vida nacional: unos sindicatos como los que existen en los países occidentales. Abel Pinheiro, de la empresa Grao-Pará, entiende también que el derecho de huelga entra en el «fair play» de la democracia, que las empresas para las que trabaja en el extranjero han acogido bien el cambio de régimen y que están, de todas maneras, a la expectativa de lo que pueda suceder antes de volver a tener confianza. Sin embargo, cree que el derecho de huelga debe estar compensado por el derecho de los patronos al «lock-out».

Parece claro que los grandes empresarios esperan una mejor situación que en el régimen anterior. Este practicaba una economía dirigida, la «ley de condicionamiento industrial»; esperan que ahora el movimiento democrático deje toda su iniciativa a la libre empresa, a

En las primeras páginas de los diarios se destaca el reconocimiento del nuevo régimen por España, Francia y EE.UU. A la izquierda, la multitud, con pancartas, espera el regreso de los exiliados al aeropuerto.

la acción privada, y regule las relaciones entre patronos y obreros por vía sindical normal. Todo ello les debe llevar al Mercado Común y a la reconversión de la industria a partir del abandono de las colonias que ya no podían ser explotadas y que se habían convertido en una carga para el país.

Una revolución burguesa

Todo esto lleva, naturalmente, a la cuestión aún misteriosa del origen del golpe de Estado. Parece claro que el gran capital lo deseaba —y ello está muy visible en el libro de Spínola, en el que se simboliza el movimiento—; parece menos claro, pero sí en circulación por la vía de los rumores, que el verdadero golpe parte de los mandos medios del ejército, los cuales designan a Spínola y a otros militares —los que forman la Junta— elegidos por su alejamiento del régimen en vigor y por sus condiciones de honestidad, de seriedad, de inteligencia. Cuáles son las verdaderas relaciones de estos mandos medios con los generales es algo que naturalmente no se sabe; pero los capitanes y los comandantes delegados en los ministerios, con responsabilidades reales de ministro, ofrecen muchas veces ejemplo de iniciativa personal. Se saben, porque se ven, cuáles son las relaciones de capitanes y comandantes con el pueblo. De una cordialidad máxima. En los casos en que tienen que intervenir directamente, dialogan, charlan, se suman a la gente, buscan acuerdos: ni en un solo caso, hasta ahora, se han mostrado como guardianes del orden por medio de la fuerza. Delante de ellos, sus soldados, sus clases, se abrazan al pueblo, intercambian claveles, hasta cantan los «slogans» de la multitud, a la que teóricamente estarían encargados de reprimir. Las mismas relaciones entre soldados y mandos parecen relajadas, sin tensión por ninguna de las dos partes. No deja uno de pensar que si las cosas fuesen muy mal y hubieran de enfrentarse los soldados al pueblo, sería muy difícil que obedecieran las órdenes, después de esta auténtica confraternización.

Todo hace pensar en una revolución de clases medias, en una revolución burguesa. Apoyada, por una parte, en el gran capital; por otra, en las fuerzas populares. Es decir, dirigida al ejemplo de países occidentales clásicos: prensa libre, partidos, asambleas, sindicatos.

Democracia de país pobre

Pero no hay que olvidar que Portugal es un país muy pobre. Es probable que en los cálculos capitalistas, como queda dicho, el beneficio salarial y social que pueda irse concediendo, paso a paso, está calculado de sobra, y que los beneficios que puedan obtener de una nueva situación de libertad económica paguen con creces hasta las huelgas. El gobierno provisional, cuando se forme, tomará, sin duda, medidas inmediatas en ese sentido. Pero cabe también pensar que, a la larga, no serán suficientes. La restauración de la economía, el cambio de una economía de guerra por una economía de paz, la forma de entrar en el Mercado Común, probablemente ha de ser más lenta que la urgencia de las necesidades de los trabajadores. Ya se ha advertido que es inútil pensar en un regreso de los emigrantes en el extranjero: son más de un millón —un tercio de la población activa— y crearían dos pavorosos problemas, el de la falta de empleos y el de la falta de entrada de divisas. Los partidos de la izquierda piden a sus dirigentes en la emigración que no la abandonen, que no acudan a Portugal a ocupar cargos sindicales o políticos, porque deben seguirse manteniendo junto a los obreros, y evitar que cunda la psicosis del regreso. Si la elevación de salarios, la seguridad social, la reducción de horas de trabajo crean una elevación de precios, el ciclo de la inflación perjudicará directamente al obrero, y éste ya no tiene la contención de la policía política.

Comienza ha hablarse de cogestión, de participación, de nacionalizaciones de los sectores públicos, incluso de la banca. Son palabras que saltan a los periódicos, a las conversaciones. Los partidos aún callan. Puede ser que también estuviese calculado por el gran capital este tipo de colaboración con el trabajo, dentro de límites que les fueran soportables. En todo caso, lo que tratan ahora quienes dirigen Portugal, Junta y partidos, es de ganar tiempo; de aplazar las mayores decisiones hasta después de la Constitución, acudiendo ahora a mejorar el nivel de vida y la sensación de dignidad humana de la forma más rápida y visible.

El partido del miedo: Rumores

El miedo a las nacionalizaciones, al colectivismo, a la dictadura del proletariado está en la derecha, sobre todo en la derecha asentada en el régimen. Su arma actual son los rumores. Los hay enteramente pintorescos. La Madre Lucía, que tiene fama de vidente, tuvo una visión el 30 de abril: horribles desastres y mares de sangre en las calles de las ciudades en el día 1 de mayo... Corrió al obispo de Leria para explicárselo, y para decirle que todos los católicos rezasen desde medianoche hasta las ocho de la mañana para evitarlo. No sucedió nada: el 1 de mayo y su manifestación fueron modelos de orden increíbles; no pasó nada de nada (véanse otras páginas de TRIUNFO), a pesar de la inmensa concentración humana. Cuando se le dice a la Madre Lucía, responde que es natural: lo evitaron las oraciones de los católicos... Pero los rumores habían hecho cundir el pánico. Hay rumores más peligrosos. Los que indican que van a comenzar actos de terrorismo, y que los grupúsculos van a secuestrar personas. Hay quienes se recomiendan unos a otros: «Harías bien en prepararte el refugio en una Embajada...».

Una revolución sin agresividad

Indudablemente, nada de esto ha sucedido ni está sucediendo. La única agresividad se está mostrando con los antiguos policías políticos de la PIDE. La Junta y los periódicos, los partidos políticos, sólo tienen ahora una autocensura: aquella que les impide hablar de las atrocidades de la policía política. Entre los rumores —de izquierda— están los de que se ha encontrado en sus sótanos cámaras de tortura, esqueletos, ahorcados... Pero oficialmente no se habla de eso. Se trata de evitar que el odio se atice. Muchas personas habían sido acusadas de pertenecer a la PIDE, de colaborar con ella, de ser sus amigos: en los periódicos aparecen continuamente anuncios, muchas veces con fotografías, de personas que aseguran no haber tenido jamás contacto con la policía política, y que muestran certificados expedidos por la Junta demostrando su inocencia.

Este es Portugal, ahora. Un país donde las calles ofrecen una sensación de tranquilidad absoluta, donde las gentes hacen su vida normal, donde las estructuras del régimen antiguo se sustituyen en calma, donde los políticos que sirvieron a Caetano viven sin ser molestados: se les encuentra en los restaurantes e incluso se les escucha por radio. Oí, por ejemplo, las declaraciones de Vega Simão, que fue ministro de Educación Nacional, y que de ninguna manera desmentía su actuación en la época anterior y mantenía muy dignamente sus posiciones políticas. Incluso cuando se le planteó el problema de la policía en la Universidad, respondió —en lugar de culpar a otro ministerio o a la PIDE— que había sido ciertamente necesaria para contener a los grupos de acción, y que en todos los países hay una vigilancia para mantener el orden en los recintos universitarios... Y el periodista, miembro del comité de redacción que había tomado posesión de la radio, le llama respetuosamente «Señor Profesor», y respetuosamente, para no herir ni molestar, le planteaba sus preguntas...

Lisboa, mayo. ■ **E. H. T.**

Libertad en Portugal

1º DE MAYO EN LISBOA

César Alonso de los Ríos

«ESTO es una pintura surrealista súbitamente transformada en real». Así describía la situación en Portugal el escritor Alexandre Cabral.

Lisboa, antes hermosa y triste, es ahora hermosa y alegre. Antes, cada esquina, era una desconfianza; ahora, un abrazo. Los aeropuertos, las estaciones, parecen hechos solamente para regresar emigrados, exiliados. «El fin de cuarenta y ocho años de lágrimas», habían pintado en un muro, y el editorialista de «Expresso» resumía: «El semblante, normalmente triste, de los portugueses resplandece con la alegría de la liberación. La Lisboa anterior al 25 de abril se recuerda como un negativo de la actual». Se habla ya del «antiguo régimen», a los cinco días tan sólo de la caída del salazarismo caetanista. La calle Antonio María Cardoso, inclinada hacia la pesadilla de los calabozos, es ahora camino cortado por los marinos, por los «fuzileiros», enrojecidos por las flores colgadas de sus correajes. La V ha cambiado de significado: de vencidos, a victoriosos. El Ejército ha regalado este gesto al pueblo. Los dedos en V establecen en las calles una complicada red comunicativa.

Madurez cívica

El tema de hoy, el problema de hoy, 30 de abril, es conseguir sensibilizar a la gente para que el **dia do trabalhador** se convierta en una prueba inequívoca de madurez cívica. Esta es la apuesta de esta neo-revolución: la libertad en Portugal es posible. Si el desbordamiento de la alegría no llega a lesionar el orden, se habrá conseguido la primera victoria, no ya del Ejército, sino del pueblo. Spínola lo ha dicho en esta víspera de la prueba, a los dirigentes sindicales: el 1 de mayo podrá ser la demostración —cara a los extranjeros y los portugueses contrarios al 25 de abril— del civismo y la concienciación del pueblo portugués:

«Tenemos que acabar con el mito de que el País no está preparado para vivir la auténtica democracia, como viven otros países de Europa». Y la Junta de Salvación Nacional expresaba en un mensaje su confianza en el pueblo, que «sabrá expresar una madurez cívica que sus enemigos siempre le negaron».

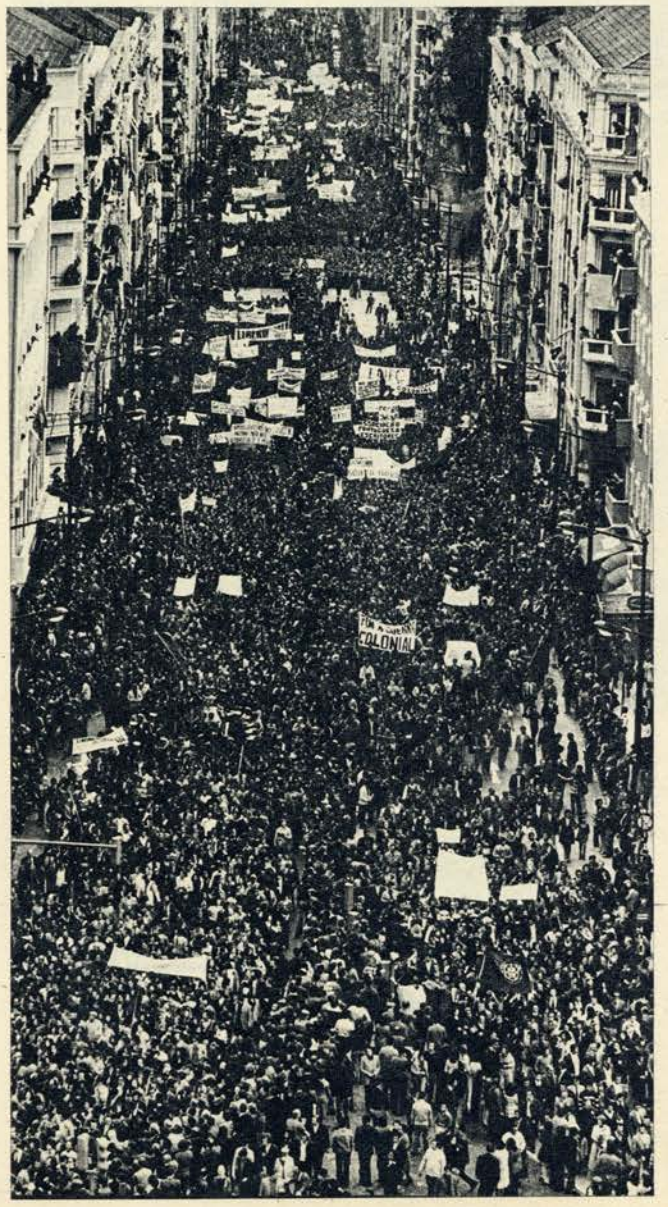
Emisoras y diarios repiten las consignas. En la fachada del teatro Doña Maria Primera, soldados cuelgan desde una grúa un inmenso cartel: «Ciudadano livre, control a liberdade con serenidade. Cabete agora responsabilidade».

Los partidos, las sindicales, recién salidos de la clandestinidad, apelan a la disciplina. Toda la prensa está volcada hacia la nueva situación. ¿Qué prensa sostenía al final el salazarismo caetanista? En unas horas se resolvieron las discrepancias entre la Redacción y los directivos de «Epoca», ahora «A Epoca livre».

El día 30 culminaba el retorno de los exiliados, con la llegada al aeropuerto de Lisboa de Alvaro Cunhal y otros 42 políticos. La televisión retransmitió la llegada en la emisión de noche. Cunhal habla desde un blindado. Había salido catorce años antes. Le sostiene el micro un «para». La estampa surrealista es una realidad. Ha vuelto en el mismo avión João Vieira («A partir de aquí, ser artista es andar por la calle y ser una persona»). El «baladista» Luis Cilia, diez años fuera de Portugal, declaraba: «Con lo que ha sucedido, gran parte de mi repertorio queda definitivamente superado». Cunhal se traslada a Cova da Moura para entrevistarse, durante tres horas, con los miembros de la Junta.

La noche lisboeta duró hoy menos que nunca.

La manifestación se dirige al estadio de las ex FNAP: Quinientas mil personas han calculado las agencias de prensa.



Una revolución increíble

A una altura de vigésimo piso, desde el hotel, contemplo la ciudad recién amanecida, y, mientras se filtran los pitidos de los claxons que despiertan la ciudad, el locutor de radio Renascença abre la emisión del día con las palabras: «Bon dia, hirmão». Los piquetes de manifestantes caldean ya la mañana con el «slogan» que horas más tarde gritará un estadio entero: **«O povo unido jamais sera vencido!»**. Recorremos el itinerario ya clásico de esta revolución: El Palacio de Cova da Moura, antiguo ministerio de Defensa, sede inicial de la Junta de Salvación Nacional; la calle do Cardoso, en cuya embocadura aún puede verse el 1300 rojo agujereado durante el tiroteo con que respondió la PIDE a la población civil; la estatua de Pombal, el gran reformador, uno de los símbolos de la ciudad, en cuya base se hicieron las primeras pintadas. En la Facultad de Ciencias, sobre la fachada: «Universidade do povo e para o povo». La entrada de una clínica está rodeada de consignas: el enfermero se debe al pueblo, la sanidad es del pueblo. Junto a las antiguas denominaciones de las corporaciones, han colocado las nuevas: «sindicato livre»... El ex ministerio de las Corporaciones se llama ya Ministerio de Trabajo. La prisión de Caxias, en la salida hacia Estoril, es otro de los puntos de referencia obligados. De aquí salieron Herminio da Palma Inacio, el dirigente de LUAR, y otros detenidos políticos para ceder las celdas a los miembros de la PIDE, nuevos inquilinos. Por fin, el cuartel Do Carmo. En torno a este cuartel, rodeado ya por los sublevados, con una población civil expectante, se jugó en la mañana del 25 una inteligente batalla a contrarreloj, gracias a la cual no se terminó en un mar de sangre. Aquí se encontraban, con Marcelo Caetano, Rui Patricio —ministro de Asuntos Exteriores— y el odiado contraalmirante Tenreiro. Las llamadas telefónicas al cuartel Do Carmo del doctor Pedro Pinto, y las idas y venidas de otros colaboradores de éste, consiguieron poner en contacto a Spínola con Caetano, y a Spínola con el mando del Movimiento Militar que ocupaba el Regimiento de Infantería de Pontinha. De Do Carmo salieron en dos coches distintos un Caetano destituido y con destino a Funchal, y un Spínola, encargado por la Junta de Oficiales de presidir una Junta de Salvación

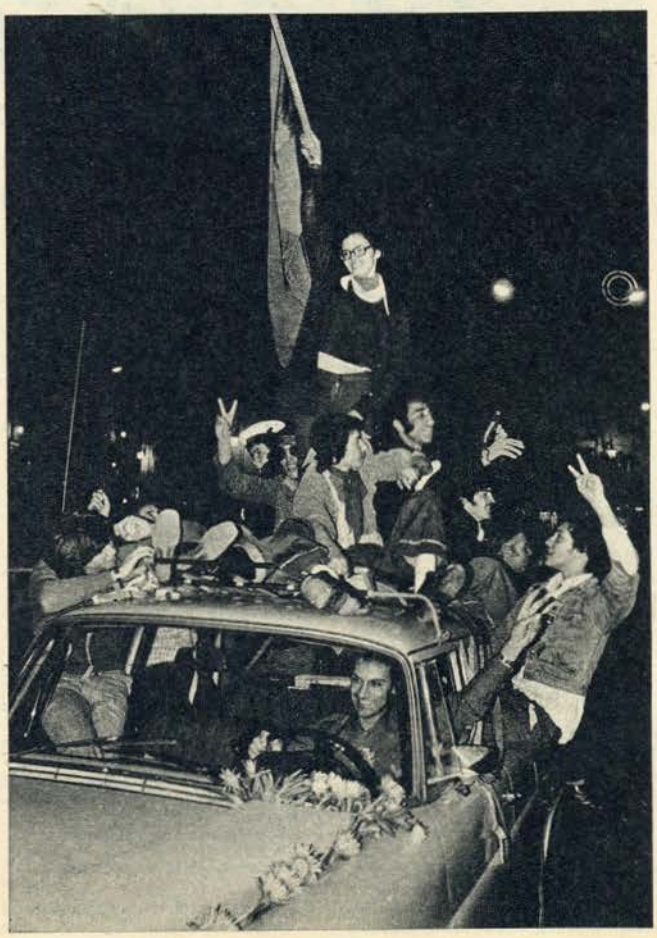
Nacional. Se da como estratega indiscutible en la toma de Lisboa al capitán Maia, y como cerebro del movimiento de capitanes —largamente incubado, según él mismo ha declarado a «Le Figaro»— al capitán Otelo Carvalho. «Es raro —comentaría un diario lisboeta— que un Gobierno de derechas sea derribado por sus propias Fuerzas Armadas. El 25 de abril de 1974 eso sucedió en Portugal». Distinta a todas, la revolución portuguesa ha sido calificada por los observadores como «increíble».

«O povo unido»

Toda la ciudad (500.000 personas, dijeron algunas agencias; 800.000, otras) converge hacia la Alameda Don Alfonso Henríquez. Contrasta el pausado caminar por los flancos con la algarabía de los muchachos subidos a los coches, los claxons, los gritos. En todas las solapas, claveles. En los coches, banderas, ramos verdes. Veo pasar pancartas del Sindicato de Textiles, de la Unión de Escritores, de Sear Nova, «Pao, paz y liberdade», «Fin a la guerra colonial». A veces se desencadena el grito «O povo unido...» Desde los balcones saludan con la V de victoria. La manifestación sigue por la avenida Almirante Reis, Aeroporto, de Estados Unidos, de Río de Janeiro, hasta abrirse frente al estadio de las ex FNAT, que de hoy en adelante se llamará —así lo dice una pancarta— del 1 de mayo. Ezcurra me dice que da la impresión de que el Ejército, más que vigilar, arropa. Suben a la tribuna, emocionados, cansados, casi en volandas, Mario Soares, Alvaro Cunhal, Pereira de Moura. Se llama desde la tribuna a algunos representantes sindicales. Entre tanto se adensa la manifestación en el estadio. Se canta el himno de Portugal, la canción de José Afonso. Comienzan discursos de dirigentes sindicales, alguno con humor, a veces programáticos. No falta una retórica poética: **«Hasta ahora teníamos prohibido andar juntos por la calle; de ahora en adelante estará prohibido ir solos».** Pereira hace una comunicación profesoral. Soares tiene un estilo vibrante y no deja de plantear los grandes problemas. A Cunhal —lee con gafas— se le quiebra a veces la voz y se va imponiendo progresivamente. Desde el salario mínimo a la integración del hombre en la naturaleza, desde los problemas inmediatos de un Gobierno provisional a la liquidación de la guerra colonial. Todos los oradores hacen el canto a las Fuerzas Armadas. Entre la multitud hay miles de soldados. Y en medio de la tribuna, un marino se mantiene siempre bien erguido, y cuando al terminar los discursos, el pueblo grita «O povo unido jamais sera vencido!», la mano del marino se levanta para entrelazarse con las de Soares, Pereira y Cunhal. ¿Surrealismo real? Hablarán luego los dirigentes de sindicales mundiales: Duhamel, De Angelis...

Y mayo del 68

A las ocho de la tarde, cuando el estadio desagua la manifestación, el locutor de la emisora nacional



dirá: «Pero la alegría continúa todavía». Todo se ha desarrollado con un civismo ejemplar. La apuesta parece ganada. Sin embargo, aún quedaba otra manifestación, la izquierdista, en la plaza del Rossio. Era el encuentro organizado por el MRPP, cuyas siglas no han dejado libre un barrio de la ciudad. Se había dicho que de aquí podría partir alguna provocación. El Rossio fue ocupado por unas 10.000 personas, jóvenes en su mayoría; abundaban rostros de mozambiqueños, angoleses, guineanos. Estaban presentes, manifestándose también, los marinos. El grito del Rossio fue «O povo vencerá». Esta manifestación del MRPP recordaba, frente al clasicismo de la precedente, las formas del 68 francés. Pero en ambas, los soldados. Porque Lisboa parece haber resumido en esta inicial revolución todas las existentes, desde la francesa. Se pasa de un país agrario y colonialista a una fase en que están presentes los medios tecnológicos actuales. En un país que cuenta con una población agrícola del 50 por 100 sobre el total y con una emigración que en Francia solamente asciende al millón de personas, y un Ejército desmesurado para la metrópoli, con una renta de 700 dólares «per cápita», la explosión tenía necesariamente que resultar «rara». El Régimen anterior ha caído como una cáscara. Ahora une a los portugueses un deseo, expresado en muchos ocasiones durante estos días: «No voltar atrás». La guerra colonial y la forma de ponerle un fin será el primer caballo de batalla, la gran cuestión donde ya aparecen las discrepancias. Frente a las tesis de los partidos —incluido el CDE—, según las cuales deberán inmediatamente abrirse las negociaciones, previo el alto al fuego, con el Estado de Guinea Bissau y los movimientos de liberación de Angola y Mozambique sobre la base del reconocimiento del derecho de los pueblos a la autodeterminación y a la independencia, está la tesis de Spínola. El presidente de la Junta acepta la autodeterminación, pero considera que las poblaciones aún no están preparadas para ella. El general Spínola quiere fijar unos plazos, unas fechas, para preparar a las poblaciones africanas de forma que, en el futuro, queden ligadas a Portugal.

Cuando bajaba al Metro, una muchacha que nos había oído hablar en español se acercó hasta mí y me regaló una rosa de largo pie envuelto en papel de plata. Me dijo: «Por España», y echó escaleras arriba. A la ventana de mi cuarto, en un vigésimo piso, aún subían los pitidos de los coches de estos incansables lisboetas que acaban de estrenar libertad. Y nunca olvidaré la expresión de aquel hombre que en el estadio portaba una pancarta humilde, un trozo de tela, sostenido toscamente por un palo, en el que podía leerse, a no muchos metros de distancia: «No nos han pagado. Hemos venido libremente». Porque uno de los oradores de la tarde fue a fijarse y citar el contenido de la humilde pancarta: «Por vez primera habéis venido libremente». No olvidaré sus saltos de alegría y su expresión de orgullo. ■

Lisboa, viernes 3 de mayo, ocho menos cuarto de la tarde, en la Rua Andrade Corvo. Manifestación frente a la sede de Teléfonos de Lisboa e Porto, pidiendo la dimisión de la directiva.

UNA MANIFESTACION DE LA BASE

Víctor Márquez Reviriego

LISBOA, 3 de mayo.—A las cinco de la tarde, un entrañable amigo español residente en Lisboa, llama al hotel donde nos hospedamos Eduardo Haro y yo, llegados pocas horas antes.

—Aquí, en la calle donde trabajo, hay una manifestación de empleados de teléfonos, que piden la dimisión del director.

Voy a Rua Andrade Corvo, donde está la sede de Telefonos de Lisboa e Porto (TLP). La compañía tiene más de doce mil trabajadores, que pertenecen a veintisiete sindicatos diferentes. Al parecer, éstos tenían prevista la manifestación para el lunes 6, pero la base se ha adelantado.

CUANDO llegué, la manifestación llevaba allí más de media hora. Había llegado ya un grupo militar. Una comisión «ad hoc» se hallaba dentro del edificio de TLP (siete plantas de moderna y sobria factura, en curso de ampliación lateral). Fuera, la calle corta y tranquila, estaba completamente llena a lo ancho (unos veintidós pasos) y a lo largo de la fachada de TLP y edificios colindantes.

Estuve media hora entre los manifestantes, que me dieron datos y claveles. La entrada al edificio estaba prohibida, pero los soldados que guardaban la puerta me franquearon el paso cortésmente al ver mi carnet de prensa. La escena de esta catarsis democrática se encontraba en la primera planta del edificio.

Ocupada casi totalmente por la oficina de despacho público, está dividida por un largo mostrador. Detrás hay setenta u ochenta mesitas, todas iguales y con idéntico letrero. Leo uno: **«Assistente n.° 14** —y debajo— **2494100 a 2519999».** En muchos puestos, en un vaso, ramos de margaritas o claveles. Entre el mostrador y los amplios ventanales, que hacen diáfana la planta, el espacio habitualmente destinado al público es ahora ocupado por la comisión y los soldados. Los directivos permanecen en un despacho interior. En la calle está el inmenso y sonoro coro, protagonista a la hora de las decisiones. Por los balcones de las casas vecinas —seis o siete plantas y alguna fachada de azulejos— asoman niños y mujeres. Veo varias colgaduras de banderas portuguesas, que también se ven en la calle llevadas por los manifestantes. A veces, alguna banderita roja y multitud de pancartas. Cuento entre grandes y pequeñas como medio centénar. Leo varias:

«Torna-se imperiosa a remodelaçao das estructuras d e s t a empresa».

«Limpieza geral nos TLP fora com os ditadores obrigado m. forças armadas».

«Viva general Spínola».

«Durante 48 anos foi bon mas acabou-se».

«Direcçao j u s t a exijan e paguem».

«12,50 para almoçar, que miseria...!!».

Los portadores y manifestantes son jóvenes empleados de ambos sexos. Forman un conjunto variopinto, moteado de trecho en trecho por los monos azules de los operarios más antiguos; éstos llevan casi todos un rojo clavel sobre la gorra o el pecho.

De vez en cuando, algún miembro de la comisión se asoma a la ventana y dice su parlamento explicando la marcha de las negociaciones (la directiva, al parecer, rehúsa dimitir «en estas condiciones»). Los manifestantes aplauden o reprueban y luego retornan a sus gritos, voces y canciones. Se grita una y otra vez «Fora direcçao, fora direcçao!», y a continuación, la frase ritual de esta primera semana de mayo: «O povo unido jamais sera vencido», que al irse reiterando se hace más corta y contundente: «O pó uní jamá será vencí»... La mano alzada con los dedos formando la «uve» de la victoria es el gesto que acompaña las voces. Unos pocos levantan el puño. Alguno, la mano semiabierta en un gesto híbrido...

Los soldados, en traje de campaña, fusil en bandolera y clavel en mano, miran silenciosos y sonrientes. Cuando, como con frecuencia ocurre, no logro entender lo que se grita, me lo explican, se asoman para escuchar mejor, me lo escriben letra a letra... Este pértenece a la Escola Pratica da Infantería, de Mafra, y lleva el uniforme con camuflaje de las fuerzas ultramarinas. El mismo con el que solía fotografiarse Spínola cuando estaba en Guinea. Pronto marchará a Angola, pero no parece preocupado por ello. Es, por lo visto, alférez, aunque yo lo he estado confundiendo con un cabo primero, porque no lleva estrellas, y me cuenta que una vez vinieron a su escuela militares de Zaragoza para un coloquio. Manda a los soldados un joven capitán llamado Horta. Viene a saludarme, y charlamos. Al despedirse, después del cordial apretón de manos, pregunta:

—¿No necesita nada más?

* * *

Para tratar de hallar una salida al «impasse» («dimisión»-«no dimitimos»), el capitán establece contacto con la Junta de Salvaçao Nacional (JSN), órgano representativo del Movimiento das Forças Armadas. Son cerca de las siete.

Desde el ventanal, una empleada explica a los de la calle cómo van las negociaciones. Cuando termina, la aplauden con ganas. A su lado está ahora el capitán. Tres empleados han ido a hablar con un teniente coronel cercano a la Junta, «pero como hay que resolver muchos problemas, tendremos que aguardar hoy y tal vez mañana». Los de afuera dicen que hoy, y la joven trata de convencerlos (llegan en este momento varios miembros de la Policía Militar con la PM escrita sobre su inmaculado casco blanco). Habla el capitán por un megáfono. Le interrumpen los aplausos. Vuelve a hablar, y le interrumpen los gritos de protesta. Por lo visto, ha dicho que si no reciben hoy a los delegados, habrá que irse a casa y esperar. No, no y no. (Una chica da un cigarrillo a un soldado).

Después, todo se desarrolla así, minuto a minuto:

7,05: Llueve. La calle se llena de paraguas, y muchas pancartas son colocadas horizontalmente, a modo de toldo.

7,07: Llega una columna militar. Grandes aplausos.

7,08: El capitán pide que se retiren de las ventanas.

7,09: Se grita «O povo unido jamais sera vencido», cada vez con más ritmo y fuerza. Los espectadores de los balcones se unen a las voces y hacen la «uve» con los dedos.

7,12: Un suboficial, que lleva puesto en la manga «Operaciones especiales», me dice que los empleados dicen que no trabajan mientras no cambie la dirección.

7,15: El mayor que manda la columna recién llegada llama por teléfono.

7,17: Un sargento de la PM, al que acaban de dar una flor, pide por favor que no se suban a las ventanas, «que se van a caer».

7,18: Nuevas voces contra la directiva: «Fore, fore, fore!».

7,19: Una de las señoritas que más gritos daba cuando se dialogó con los directivos, dice que digan a los de afuera que se callen, que el mayor no puede hablar por teléfono.

7,20: Deja de llover.

7,21 «Fascistas, fascistas!» (contra la directiva).

7,22: Sube como una marea: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,24: Pregunto si el mayor ha logrado hablar con la Junta, y me responden que ha pedido más soldados.

7,25: Nueva marea de voces. No comprendo. Un cabo miliciano (estudiante) me dice: «Dicen que ellos estarán con nosotros siempre», y me escribe: «O povo armado jamais sera deixado».

7,26: Nuevo grito que tampoco entiendo, y el cabo va a ver, y vuelve diciendo, en nuestra algarabía particular, «que es condenado para los dereitores».

7,27: Todos cantan. El sargento de la PM, con el casco blanco en una mano y haciendo la «uve» con la otra, que maneja a modo de batuta, dirige la canción. Más o menos, dice así:

«Canta, canta, amigo, canta,
ven a cantar nuestra canción,
porque solo no eres nada
y todos tenemos el mundo en la [mano».

7,30: Siguen cantando.

7,32: «Um, dois, tres, quatro: O Marcello está no papo».

7,34: «Um, dois, tres: Tudo para o xadrez».

7,35: Oigo algo que se estrella contra el cristal de la ventana donde estoy asomado. Sólo es un paquete de cigarrillos que regalan a los soldados.

7,36: «O povo armado jamais sera deixado».

7,37: «Fora, direcçao, fora direcçao!».

* * *

He pasado al otro lado del mostrador para telefonear. Me llega el son: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!». Sobre las ocho menos cuarto escucho el inconfundible ruido de los tanques en la calle. Dejo el teléfono y me asomo corriendo a la ventana, pensando en lo que puede ocurrir.

No pasa nada.

La gente abre calle con orden y por ella pasa un jeep, seguido de varios vehículos blindados y un impresionante carro de combate. Se destapa la torreta y sale un tanquista sonriente, con su característico casco y un clavel en el ojal de la chaqueta de cuero.

7,47: Un grito unánime y atronador: «Vitoria, vitoria, vitoria!».

7,49: La gente sube a los vehículos blindados y al carro. Y todos juntos cantan: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,51: El mayor que mandaba la primera columna sube a la ventana. Aplausos. Quiere hablar. Siseos pidiendo silencio. Cuando se callan comienza así: «Sabemos las razones que os asisten. Sabemos... momento histórico... Sabemos que... no podemos... comprendo perfectamente vuestra impaciencia... hay multitud de difíciles problemas... no hagáis las cosas más difíciles de lo que son...». Aunque no logro entender todo lo que dice, por cómo lo dice y por la expresión que, como en un inmenso espejo repetido, veo en los rostros de los que abajo escuchan, me doy cuenta que es un orador nato. Le gritan «Moito ben» repetidas veces. Luego pide que se vayan y le dicen que no. Más gritos. Toma el megáfono. Pide atención. Se explica más o menos así: «Ya esperaba que dijerais eso, pero tenéis que comprender que no vamos a tirar a la directiva por la ventana, porque aquí no se hacen juicios sumarios...».

Son más de las ocho y sigue el diálogo mayor-manifestantes.

* * *

He tenido que irme, y vuelvo poco después en compañía de Haro. Está lloviendo otra vez, y al entrar en la calle nos cruzamos con la columna militar que sale... Todo ha terminado. A las nueve menos diez, las directivos salieron del edificio y entran a un vehículo blindado.

Manifestantes haciendo la «uve» corren al lado de los blindados y se encaminan hacia la Avenida da Liberdade.

Son las nueve, hora portuguesa. Es decir, hora europea. ■

La Capilla Sixtina

¡AY, PORTUGAL, POR QUE TE QUIERO TANTO!

Entro en la escalera de casa y oigo la voz de Encarna cantando a voz en grito:

"Ay Portugal, por qué te [quiero tanto.
¿Por qué? ¿Por qué te envi- [dian todos, ay, por qué?,
será, será que tus mujeres [son hermosas,
será, será que el vino alegra [el corazón,
será que huelen bien tus [lindas rosas,
será, será que estás bañada [por el sol".

Está la chica en pleno trajín de baldeo semanal.

—No se ponga usted ahí, que acabo de fregar.

Y continúa cantando:

"Somos cantores de la tierra [lusitana,
traemos canciones de los [aires y del mar,
vamos llenando los balcones [y ventanas
de melodías del antiguo Por- [tugal.
Oporto riega en vino rojo las [laderas...".

Con los pies temerosos en la raya de la puerta, mis ojos recorren las paredes del piso de Encarna. Donde estuvo un "poster" de "El Che" aparece ahora una doble página de periódico donde Spínola abraza a Soares; donde Alvaro Cunhal, con esa cara de Blas de Otero que la naturaleza le ha dado, atiende gravemente el entusiasmo de la multitud; donde un Pide, con los ojos tan agrandados como su pánico, contempla a la multitud que le insulta como si no comprendiera el orden de las personas y las cosas. La bandera del Vietcong, que cuelga sobre la cama de Encarna, comparte su predominio visual con una bandera de Portugal. Y si uno observa bien el vestuario de esta Encarna enfaenada recuerda el que lució Paquita Rico en "Lavanderas de Portugal".

—Cambiando de mitología, vaya.

—Don Sixto, estoy eufórica y sus chanzas me resbalan. ¿No era usted el que se cachondeaba de todo reaccionarismo hablando del "nivel portugués" de la política? Pues chúpese ésa. Nos han pasado la mano por la cara.

—Ahora va a resultar que tú siempre habías presumido un cambio de Portugal.

—Que había condiciones objetivas y subjetivas, Don Sixto. Que se veía venir.

—¿Desde cuándo veías venir tú lo de Portugal?

—Desde lo del secuestro de la "Santa María" por Galvao.

—¡Pero si tú acababas de nacer, farsante!

—Instinto de clase, Don Sixto. Y la familia. Que mi padre no era del PSOE como el suyo.

Ya debía concluir el baldeo, porque Encarna se quita el delantal, el improvisado gorro y me tira de la manga para que me meta en su piso. Es entonces cuando huelo a comida y a comida apetitosa.

—No me dirás que estás guisando.

—Bacalao a la portuguesa. Capa de patata, capa de cebolla, capa de bacalao, bechamel y gratinado. Le estaba esperando y le invito a cenar.

Atónito, me he derrumbado en uno de esos sillones de Encarna que parecen requisados de un burdel de Sodoma y Gomorra. Regresa la chica con una botella de vino portugués, blanco, de los maduros. Brindamos por Spínola, Soares, Alvaro Cunhal; nos comemos el bacalao como si tragáramos horizonte y patria; bebemos como cosacos portugueses; cantamos todo lo que sabemos en portugués, desde el "Lisboa Antigua" hasta "Una casa portuguesa". Nos brilla a los dos la mirada del cuerpo y del alma. ■

SIXTO CAMARA

«NOSSAS ARMAS SÃO FRORES»

NUESTRAS armas son flores», decía una pancarta en la grandiosa manifestación del 1 de mayo en Lisboa. Quien haya vivido estas maravillosas jornadas portuguesas sabe muy bien que la pancarta no mentía. Han sido las flores las más eficaces armas de este golpe de Estado, que los periodistas de todo el mundo que nos encontrábamos en Lisboa llamábamos «el "putsch" del clavel». Uno recordaba aquello de Neruda: «Mi casa era llamada la casa de las flores». Así podía ser llamada también Lisboa, porque por todas partes estallaban claveles, para decirlo en frase del poeta, en estos días de abril y mayo. Mario Soares dio la mejor definición del espíritu de esta revolución portuguesa cuando, la víspera del 1 de mayo, en un programa de televisión en el que tomaron parte los líderes de todos los partidos democráticos, desde los comunistas hasta los liberales y los nostálgicos de «Convergencia monárquica», dijo que «queremos un primero de mayo rojo, pero rojo de claveles y no rojo de sangre».

En mi crónica anterior, enviada desde Lisboa, conté algo de la implacable persecución de que estaban siendo objeto los miembros de la feroz policía política salazarista (PIDE) por parte del pueblo. Esta «caza», en la que rivalizaban los antiguos detenidos y torturados, atrajo toda la atención popular en las primeras jornadas. Presencié muchas escenas de esta persecución desde mi llegada a Lisboa, el jueves 25 por la noche, el mismo día del levantamiento militar. Se calculaba que estaban en libertad en aquellos primeros días entre dos y tres mil «pides» armados, lo cual constituía una evidente amenaza para el régimen nacido del golpe de Estado. Se supo de algunos que consiguieron pasar a España y de otros que fueron detenidos en la frontera. En mi anterior crónica conté las escenas de la rendición de doscientos miembros de la policía política que se habían encerrado en el interior del edificio de la Direçao Geral da Segurança, en la calle Antonio Maria Cardoso. Estaban entre ellos algunos de los principales jefes de la PIDE y el director general, Silva Pais. Otros se encerraron en la cárcel de Caxías, manteniendo como rehenes a los presos políticos que allí cumplían condena. Se temía que tomaran represalias en las personas de estos presos, pero finalmente se rindieron al mismo tiempo que los de la DGS, el viernes 26, a las nueve de la mañana.

Era muy frecuente en estos días ver a la gente agitarse de pronto en la calle y echar a correr detrás de un hombre que había sido reconocido como agente de la PIDE, a los gritos de «Asesino, asesino!» y «Morte a PIDE!». Me acuerdo que un día vi salir del interior de la iglesia de la Encarnaçao a un matrimonio que trataba de huir de la persecución. El marido era un agente de la PIDE y alguien les había descubierto dentro de la iglesia. Fueron apresados y entregados a los soldados. En otra ocasión vi a una multitud que se agolpaba en una calle estrecha del barrio alto, delante de la casa de un «pide», reclamando que bajara a la calle. Subieron los soldados a buscarle. Hubo algunas escenas vejatorias, como la de un agente a quien, mientras era detenido por los soldados y obligado a permanecer con las manos sobre la cabeza, alguien le soltó la correa de los pantalones haciéndole hacer un involuntario «streaking». En los alrededores de la calle Antonio Maria Cardoso fueron quemados y rotos muchos coches que los agentes habían dejado aparcados, no sin antes sacar del interior las tarjetas de identificación que hicieran posible la detención de sus propietarios.

Si no conociéramos suficientemente la terrible historia de la PIDE, esta explosión de odio popular bastaría para comprender cuáles fueron los métodos de represión de esta institución que fue uno de los pilares básicos (el otro fue la censura de prensa) sobre los que se asentaba el edificio del fascismo portugués. La PIDE, que fue rebautizada como DGS bajo Caetano, impuso siempre a los tribunales sus decisiones en los juicios políticos, hizo caso omiso de los plazos fijados para la entrega de los detenidos al poder judicial (incluso cuando logró que se ampliara ese plazo, por ley, de las habituales setenta y dos horas hasta los seis meses), y desconoció la obligatoriedad de presentación del mandamiento judicial para practicar registros y detenciones. Aplicó increíbles métodos de tortura, que no tardaremos mucho en conocer en sus detalles cuando los cuenten los presos políticos que en la metrópoli y en ultramar acaban de salir de las cárceles.

La «caza» de la PIDE tuvo también algo de «caza de brujas». Rumores en la calle, incluso noticias publicadas en algunos periódicos, denunciaban como supuestos «informadores de la PIDE» a algunas personas que, al parecer, estaban libres de culpa y que se apresuraban a insertar en los periódicos anuncios en los que negaban que hubiesen tenido nada que ver con la funesta institución. Hubo también algunas sorpresas. Por ejemplo, unos compañeros de la prensa portuguesa me mostraron un documento que habían encontrado en los archivos de la DGS en la calle Antonio Maria Cardoso, en el que aparecía el nombre de un fotógrafo de prensa que estaba registrado allí como informador de la policía política. A medida que fueron pasando los días, la persecución de los «pides» fue disminuyendo de intensidad. Los agentes se entregaban voluntariamente a la Junta de Salvación y, por otra parte, mucha gente se daba cuenta de que esta «bárbara fiesta» brindada al pueblo podía estar sirviendo para ocultar otras realidades más graves, todo un sistema que seguía intacto después del golpe de Estado y sin el cual la existencia misma de la PIDE no habría sido posible.

Pero lo que aquí quería señalar es que durante esos primeros días del levantamiento el pueblo portugués mantuvo siempre un alto grado de civismo, un comportamiento más inspirado por la voluntad de la concordia que dictado por el odio. Incluso la persecución de los «pides» se hizo sin desmanes de ningún tipo y sin que se produjeran linchamientos. Los portugueses con quienes he hablado en estos días se mostraban todos muy justificadamente orgullosos de haber derribado al fascismo sin derramamiento de sangre. Hubo unos pocos heridos y los muertos que se produjeron, en número de cuatro o cinco, deben registrarse en la cuenta de la PIDE, cuyos agentes dispararon desde las ventanas del edificio de la DGS contra una manifestación que se había concentrado en la calle Antonio Maria Cardoso.

No hubo más. No se fue a asaltar la casa de nadie, ni siquiera la de los personajes más siniestros del régimen salazarista. Nadie fue molestado en aquellos días, quitando los agentes de la policía política, sólo el sarcasmo popular se di-

La detención de un «pide» en la calle, entre los soldados que le conducen y la gente que le increpa con el grito que dominó las calles de Lisboa en los primeros días de la revolución: «Morte a PIDE!».

Los claveles, «cravos» en portugués, han sido el símbolo de esta revolución. Los automóviles de los ciudadanos y los tanques del ejército se adornaban con ellos. Florecían en el cañón de los fusiles y metralletas.

rigió contra los más señalados dirigentes. En las manifestaciones en la calle se cantaban canciones alusivas a ellos. Anoté algunas. Decía una:

«Um, dois, tres, quatro,
Marcello esta no papo».

(«Papo» significa en portugués «buche».) O bien:

«Deixa passar esta linda brinca-
[deira,
o Marcello e o Thomaz para a ilha
[da Madeira».

Del almirante Tenreiro, uno de los personajes político-financieros más conocidos y odiados de Portugal, el hombre que dominó el negocio de la pesca y aprovechó su influencia política y su amistad con el presidente Thomas para realizar negocios en todos los campos, se cantaba:

«E mão, é mão, é mão, é muito
[mão,
o almirante Tenreiro ja não vende
[bacalhau».

En una «carta al director» que se publicó en esos días en un diario se decía, recordando los negocios de especulación de precios de los alimentos que Tenreiro había realizado, que el único castigo que debía imponérsele era el de hacerle comer el bacalao que había dejado pudrir en sus almacenes con el propósito de hacer subir los precios. Tenreiro anduvo huido durante unos días y finalmente se entregó voluntariamente a la Junta de Salvación, siendo encarcelado. Se contaban también algunos chistes. Por ejemplo, la proverbial ignorancia del presidente Thomas sirvió de base al siguiente: «¿Sabes por qué tardó tanto tiempo en rendirse el almirante Thomas a las fuerzas militares». «Pues porque no entendía lo que quería decir golpe de Estado». La salida de Caetano del cuartel del Carmo en un coche blindado sugirió a un periodista del diario «Republica» un brillante artículo titulado «Blindado en familia», recordando las ridículas «Conversas em familia» a que el señor presidente del consejo tenía acostumbrados a los portugueses.

Luis Carandell

En general, todo transcurrió pacíficamente. Los oficiales que dieron el golpe de Estado extremaron su caballerosidad al detener a los militares o a los jefes y oficiales de la Guardia Nacional Republicana que no habían querido adherirse al movimiento. Se cuenta una ilustrativa anécdota del teniente coronel Almeida Bruno, uno de los hombres más importantes del movimiento (que fue encarcelado a raíz del golpe frustrado de Caldas da Rainha por haber intentado organizar una reunión en la Academia Militar). Cuando estaba en casa del presidente Américo Thomas tratando con él los términos de su rendición, le pidió permiso para fumar un cigarrillo. El almirante Américo Thomas le contestó: «Creo más bien que soy yo quien debo pedirle permiso a usted para fumar». El teniente coronel dijo entonces: «Yo soy teniente coronel, y usted, almirante, y es necesario mantener el protocolo militar incluso ahora». Me contaron en Lisboa esta anécdota, que, sea o no cierta, expresa muy bien el tono de corrección que los oficiales portugueses quisieron imprimir a su movimiento. El general Spínola, como se recordará, acompañó personalmente al profesor Caetano y al almirante Thomas hasta el avión que debía trasladarlos a Madeira.

Durante estos días se han oído protestas en Portugal contra los excesos versallescos del golpe de Estado y contra la benignidad que se ha mostrado para con los dirigentes del régimen depuesto. Mario Soares, en el discurso que pronunció el primero de mayo, afirmó que era un escándalo que se pasearan por la isla de Madeira o por el país muchos de los hombres más representativos del fascismos portugués, y pidió, entre atronadores aplausos de los que le escuchaban, que esos dirigentes fueran juzgados por los tribunales ordinarios y que cayera sobre ellos todo el rigor de la ley si fueran hallados culpables. La noticia de que Caetano y Thomas estaban «gozando de unas buenas vacaciones pagadas en un hotel de Madeira», para decirlo con la expresión que utilizó Mario Soares, y de que algunos de sus ministros pasearan por las calles de Funchal cayó muy mal en la opinión pública. En una manifestación vi una pancarta que decía: «Nao queremos ditadores em hoteis». La Junta de Salvación se apresuró a trasladar a Thomas y a Caetano a la casa del gobierno en Madeira y a prohibir la salida de sus acompañantes. No se ha anunciado, sin embargo, todavía nada de ese posible juicio por responsabilidades políticas que el pueblo portugués reclama. Respecto de los militares que más estrechamente colaboraron con el régimen depuesto —los Kaulza da Arriaga, los Luz Cunha, los Brandao y otros de extrema derecha o directamente comprometidos con la política de Caetano— se dictó hace unos días un decreto por el que se les pasaba a la situación de reserva.

Es muy importante para comprender la actual situación portuguesa tener en cuenta los orígenes del movimiento que derribó al fascismo. El golpe de Estado no fue organizado por el general Spínola ni por los miembros que componen la Junta de Salvación. El libro de Spínola «Portugal e o futuro» fue una muestra más, aunque, desde luego, de gran importancia, del descontento y la inquietud que reinaban en el seno de las Fuerzas Armadas como consecuencia del desprestigio que el gobierno les estaba causando con su política colonial. Pero Spínola no tuvo nada que ver con el movimiento de los capitanes, que había comenzado a organizarse en el mes de junio del año pasado a partir de reivindicaciones puramente profesionales y que se fue politizando progresivamente. Llamaron a Spínola después, porque necesitaban a un hombre de prestigio que uniera a las Fuerzas Arma- ▶

"NOSSAS ARMAS SÃO FRORES"

das y consiguiera el máximo apoyo en la nación y entre los portugueses de ultramar. En una conversación que sostuve con dos capitanes del movimiento cuando estuve en Lisboa en marzo a raíz del frustrado levantamiento de Caldas, ellos me dijeron que aun cuando no estaban del todo de acuerdo con las fórmulas que Spínola ofrecía para la solución del problema colonial, sin embargo, habían decidido que, en caso de que su movimiento triunfara, llamarían a Spínola y a Costa Gomes para encabezar el golpe, por la sencilla razón de que no tenían otra opción dentro de las Fuerzas Armadas. Así nació la Junta de Salvación Nacional, cuyos miembros fueron elegidos por votación democrática entre los oficiales de las distintas Armas. El movimiento de las Fuerzas Armadas impuso a la Junta unos principios generales que Spínola y sus compañeros firmaron y se comprometieron a observar y que están en la base del actual proceso de democratización de Portugal. No puede afirmarse que el movimiento de las Fuerzas Armadas tenga una ideología concreta, aunque es notorio que hay entre ellos muchos socialistas. No hay duda que este movimiento de las Fuerzas Armadas tendrá una importancia decisiva en la marcha de las cosas hasta que la celebración de elecciones generales, anunciada para dentro de un año, normalice la vida política del país.

«El pueblo portugués ha conquistado su libertad gracias a la acción de las Fuerzas Armadas —dijeron los líderes de la izquierda en los discursos del primero de mayo—, pero el poder económico no está aún en manos del pueblo. La revolución no ha hecho más que empezar». El sistema económico que sostuvo al fascismo está intacto. El otro día, una delegación de financieros y hombres de negocios presididos por Antonio Champalimaud, dirigente de uno de los más importantes «grupos monopolísticos» de Portugal, visitó al presidente de la Junta de Salvación para prestarle su adhesión. El general Spínola se refirió a la alta responsabilidad de la banca privada en la política de desarrollo, acelerado que es necesario llevar a cabo en Portugal. El banquero Champalimaud le contestó con estas significativas frases: «La libertad que la Junta ha devuelto a la nación no se puede limitar a la expresión de las ideas, sino que debe hacerse extensiva a la banca, a la industria y al comercio, a fin de que los hombres del trabajo puedan así manifestar las virtualidades de la iniciativa privada, sin la cual no puede haber verdadera libertad».

Como se ve, empiezan a mostrarse ya las contradicciones, las tensiones en el seno de esta revolución que los historiadores del futuro calificarán quizá de revolución burguesa, pero en la cual ha tomado parte de forma tan activa y elocuente el pueblo portugués. Los minoritarios grupos de la extrema izquierda, representada sobre todo por el maoísta MRPP, han gritado en la calle su disconformidad con la Junta de Salvación y han equiparado en sus «slogans» a Spínola con el depuesto Caetano. La opinión mayoritaria entre los demócratas, sin embargo, coincide en afirmar que Portugal ha dado un gigantesco paso hacia el futuro. Hemos visto la reorganización de los partidos y los movimientos políticos que han vivido en la clandestinidad durante cincuenta años; hemos visto la llegada a Lisboa de los líderes de la izquierda en multitudinarios recibimientos, bajo la protección de las Fuerzas Armadas. Un capitán del Ejército estaba al lado de Mario Soares, jefe del partido socialista, cuando éste hablaba desde el balcón de la estación de Santa Apolonia. El secretario general del partido comunista, Alvaro Cunhal, habló desde lo alto de un tanque adornado con banderas y flores en el aeropuerto de Lisboa. Hemos visto la formación de Sindicatos libres de todos los oficios y profesiones y hemos visto cómo los miembros de estos nuevos Sindicatos ocupaban las respectivas sedes de las corporaciones y gremios fascistas, no sin antes haber expulsado de allí a la canalla corporativa. Hemos oído al general Spínola prometer que se luchará contra la terrible corrupción que señoreaba el depuesto régimen y que se completará en breve el desmantelamiento del aparato fascista que aún continúa funcionando en las municipalidades, en las juntas locales y provinciales, en las instituciones de previsión, etcétera. Los presos políticos han salido en su totalidad de las cárceles de Caxias, de Peniche, de Trafaría, dejando libres las celdas para los «pides» detenidos. Se planteó un problema con los presos que habían sido condenados por delitos que los jueces consideraron como comunes, aunque tenían carácter político, tales como asaltos a bancos con propósitos de allegar fondos para la lucha antifascista. El más significado de los que se encontraban en este caso era el famoso Herminio da Palma Inacio. Al principio, la Junta de Salvación se negaba a liberar a estos presos, lo cual provocó un plante de los demás presos políticos. Se sometió entonces la cuestión a los abogados defensores de estos presos, quienes dictaminaron que debía ponérseles en libertad. El general Spínola dijo por aquellos días a los directores de periódicos que «hemos liberado también a estos presos por la consideración de que también nosotros, para hacer lo que hemos hecho, hemos tenido que recurrir a un cierto grado de violencia».

Hemos visto, sobre todo en estos días, establecer una total libertad de expresión, con la supresión radical de la censura, del llamado «examen previo». Ver la televisión hoy en Portugal constituye una experiencia verdaderamente «onírica». Uno no da crédito a sus ojos. El tono de naturalidad que se ha impuesto en ella, tan lejos de la huera retórica a que nos tenía acostumbrados, es ya por sí solo suficientemente expresivo de su contenido. El «Telejornal» ha dejado de ser el anodino repertorio de inauguraciones y viajes oficiales que solía ser. Una nota significativa: el 1 de mayo se aplazó la retransmisión, que había sido anunciada antes del día 25, de un partido internacional de fútbol entre Alemania y Suecia. Lo dieron por la noche en diferido, cuando ya habían terminado las manifestaciones. De la radio puede decirse lo mismo. La prensa —que en estos días ha registrado un espectacular aumento de su tirada— no tiene más «techo» informativo que el que le impongan las propias empresas. Empiezan a notarse ya diferencias entre los periódicos, pero no hay censura ni imposición oficial de ningún tipo, salvo por lo que se refiere a las cuestiones militares de ultramar. Algunos órganos de difusión han sido «tomados» por sus redactores. Tal es el caso de la Radio Renascença, que fue la emisora que en la madrugada del 25 transmitió la señal que puso en movimiento a los regimientos (consistente, como se recuerda, en los ya famosos versos de la canción de José (Zecca) Alfonso: «Grândola, vila morena/terra da fraternidade/ o povo é quem mais ordena/dentro de ti, o cidade»). En un diario de la tarde, «A Capital», los redactores consiguieron, mediante una huelga, la destitución del director y del redactor-jefe. En otros periódicos ha habido tensiones en el proceso de adaptación al nuevo ambiente. El diario «Epoca», que era el órgano de la extrema derecha, se ha «disfrazado» lisa y llanamente. Se llama ahora «A Epoca», ha cambiado de formato y ha cruzado sobre su nombre en sobreimpresión y en tinta de color la mención «Livre». Es un caso pintoresco el de «A Epoca». Estando yo una noche en la Rua da Misericordia, donde el diario tiene su redacción, oí un gran tumulto de gente que increpaba a los periodistas de «Epoca». Su nuevo director, que había sido redactor-jefe en la etapa anterior, apareció en el balcón para anunciar que el diario había sido «liberado». No le dejaron hablar, pero mostró una gran fotografía en el que aparecía él conversando con el general Spínola. ¡Hay que ver ahora a «A Epoca Livre» relatando las «persecuciones» que «sufrió» bajo el régimen fascista!

Mi crónica termina con el recuerdo del prodigioso estallido de alegría, de luz, de esperanza, de claveles («Nossas armas são frores»), que fue el 1 de mayo en Portugal. ■

L. C.

Los retratos del presidente depuesto Américo Thomas y del ex presidente del Consejo, Marcelo Caetano, han sido descolgados. La foto está tomada en el interior del edificio de la Direçao Geral da Segurança, la antigua PIDE. Junto a los retratos, las armas de los agentes de la policía política que se rindieron a las Fuerzas Armadas.

RETRATO DE UN CAPITAN

Manuel Leguineche

HA dejado la fusta con empuñadura de piel de serpiente y los guantes de cuero sobre la mesa circular. Estamos en la sala de oficiales de una Academia de Caballería, cerca de Lisboa. Sobre nosotros hay un emblema del cuerpo, «al galope con el corazón en alto», y la frase, retórica y militarista, de un escritor portugués que habla de cargas de caballería y de la defensa del Portugal «africano» a golpe de bayoneta entre ríos de sangre. Pero en las palabras de este joven capitán, hay un nuevo espíritu, otra conciencia del deber. Es uno de los protagonistas del golpe del 25 de abril, uno de los portavoces del «movimiento de capitanes». Este es el relato que me ha hecho de su vida, en términos sencillos, y hasta contradictorios.

«Soy capitán desde hace ocho años. Tengo treinta y tres ahora. De Caballería. Escogí Caballería porque es una cuestión de espíritu de arma. Me gustan los caballos, porque aunque se dice que están pasados de moda como instrumento bélico, practico con ellos siempre que puedo. Cabalgo por la Academia o fuera de ella, como el resto de los doce capitanes que estamos aquí. Estas botas de montar que llevo no son fingidas. Claro, que también dirigimos columnas de blindados y carros de combate, la moderna Caballería.

No somos, los de Caballería, ni mejores ni peores que el resto de las armas. Somos distintos. Para elegir Caballería hay que haber pensado antes en nuestra misión en una guerra convencional, por ejemplo, en lo decisivo de un ataque de carros. Nos gusta el peligro. Es en Portugal un arma restringida en la que no entra todo el que quiere. Hay gran competencia, pero esto no fue para mí sino un incentivo. Al fin aprobé todos los exámenes, y con el tiempo conseguí los galones de capitán. Porque llegó un momento en que el Ejército portugués necesitaba capitanes para ultramar. La guerra contra los terroristas (sic) exigía la creación de nuevas promociones de oficiales jóvenes. Y la urgencia de enviarlos a ultramar aceleró su formación. Antes, para ser capitán había que estudiar durante seis o siete años. Ahora se es capitán después de tres años. Nosotros, los capitanes, hemos sido la clase más sacrificada en la guerra de ultramar. Como dice el general Spínola en su libro, los capitanes jóvenes hemos sufrido intensamente en Africa, y pronto tuvimos una conciencia crítica de lo que allí pasaba y de las razones o sinrazones por las que se nos enviaba a ultramar. Sentíamos que nuestra formación intelectual no era suficiente, y estudiamos por nuestra cuenta, a base de libros, de largas conversaciones con los universitarios. Pero lo más importante fue el hecho de que la población sentía odio hacia el Ejército y lo que el Ejército representaba. Y pronto supimos que no defendíamos a una nación, sino a un Gobierno y a unos cuantos. El pueblo, que nos despreciaba, no tenía nada que ver con lo que pasaba en Africa. Esta idea se extendío pronto hacia otros cuerpos intermedios del Ejército.

Nuestro movimiento no tiene líderes, no los quisimos desde el principio. Por eso, no publique mi nombre. No nos ha guiado un espíritu de élite o de grupo de elegidos. Hemos funcionado en equipo. Cada grupo de capitanes tenía una misión encomendada, específica. Unos se encargaban de la cosa política; otros, de la organización o el estudio de lo militar; otros, de la cuestión personal; otros, de la acción directa. Cada unidad o cada grupo de capitanes tenía su representante. Era el encargado de conectar con otros portavoces de otros grupos de capitanes en Lisboa. En aquellas reuniones, cada portavoz exponía sus experiencias o el resultado de los estudios del grupo. Todo se coordinaba y se aglutinaba de acuerdo con estas reuniones de capitanes en Lisboa. Se tomaban decisiones en común, se planteaba una estrategia, se evaluaba el alcance que podrían tener nuestros movimientos. Pocas veces circulábamos panfletos o manifiestos escritos. Todo se hacía de acuerdo con este proceso de comunicación de representantes de los diversos grupos de capitanes que se reunían en Lisboa. Luego, cada uno, de vuelta a su unidad, transmitía los resultados o las impresiones generales.

Puede decirse que el "movimiento de capitanes", el período más activo de nuestro trabajo, comienza cuando el ministro del Ejército, que es consciente de nuestro espíritu de crítica, comienza a hacer transferencias de capitanes para tratar de desarticular el movimiento. Intenta dispersarnos: unos van a Braganza, por ejemplo, y otros a las Azores. Lo más lejos posible de Lisboa. Esto sucedía como unos quince días antes de lo de Caldas da Rainha. El miinstro del Ejército y los oficiales generales entraron en acción directa contra nosotros cuando sucedió, el 16 de marzo, lo de Caldas. Todavía no estaba todo organizado para el golpe final. Quizá los de Caldas esperaban el apoyo de otras unidades, estaban nerviosos por actuar, pero no era el tiempo. Después de aquello creció la represión contra nosotros y siguieron los cambios de destino para dislocar el movimiento de capitanes. Comenzó el proceso a los oficiales de Caldas, encarcelados. Pero nuestras reuniones en Lisboa continuaron. Yo fui representante de mi grupo en varias ocasiones. No soy lo que se dice un político, pero estaba seguro de que el pueblo portugués no debía seguir con el mismo sistema de gobierno o con el mismo Gobierno. Lo que nosotros pretendíamos era, sencillamente, entregar a Portugal los destinos de Portugal. No he leído gran cosa sobre teoría política, porque nuestra vida militar apenas nos permite leer. Además, después de una semana en una misión operativa contra los terroristas en las selvas de Angola, todo lo que a uno le apetece es la evasión. Me gustan el teatro y el cine, sobre todo las películas musicales. Pero ya digo que es muy difícil que uno pueda formarse intelectualmente en el Ejército. A pesar de todo, yo recibía de mi hermano, que es abogado, libros sobre temas sociales y económicos. Me interesan sobre todo los problemas o las cuestiones de economía. El libro del general Spínola nos descubrió otros horizontes. Allí estaban escritas algunas de las tesis que nosotros sosteníamos en secreto, por un hombre que los capitanes tuvimos siempre por honesto y recto. Había sufrido nuestro drama en ultramar y era el primero en las operaciones contra la guerrilla.

Yo he luchado dos años en Angola y cuatro en Mozambique. Han sido seis años de una dureza impresionante. Llena de peligros, sobre todo de incertidumbres; nunca sabes cuándo van a atacar. Siempre pendientes de una emboscada de los guerrilleros. Estamos aislados no sólo de nuestras familias, sino de las grandes ciudades como Luanda o Lorenzo Márquez, donde la vida transcurre con normalidad. Montar un campamento es un trabajo ímprobo. Te falta lo esencial y te sientes desconectado y perdido. Es una constante guerra de nervios, sobre todo por las minas. Nunca sabes dónde poner el pie y vas siempre con la mirada baja para tratar de descubrir una mina. Lo importante es sobrevivir, salir de una emboscada o eludir el gran peligro: la mina. Ni siquiera he pensado en mi enemigo, en el terrorista (sic), sino en disparar para que no me maten. Es un reflejo de defensa propia. En el guerrillero ha calado pronto la idea de que el blanco es un expoliador, un señor feudal. Luego le hablan del racismo, y de esta manera, la guerra se convierte en ideológica.

Nuestras operaciones contra el terrorista comenzaban cuando aún era noche oscura, aunque todo dependía del dispositivo enemigo y de la zona. En Mozambique luché de una manera y en Angola de otra. Eran tácticas diferentes según la configuración del terreno o las fuerzas del enemigo. Porque la lucha contra la guerrilla te rompe todos los esquemas clásicos, no sabes ▶

Alianza Editorial
Literatura Italiana

El libro de bolsillo

*144
Ignazio Silone:
Vino y pan

259
Italo Svevo:
Corto viaje sentimental

*293
Giovanni Verga:
Maestro-Don Gesualdo

311
Cesare Pavese:
Ciau Masino

* *325
Alberto Moravia:
Relatos, I

* *326
Alberto Moravia:
Relatos, II

432
Cesare Pavese:
De tu tierra

* * *498
Relatos italianos del siglo XX
Prólogo, selección y notas de Guido Davico Bonino

Alianza Tres

3 / Cesare Pavese:
Cartas, (1926-1950), 1
200 ptas.

4 / Cesare Pavese:
Cartas, (1926-1950), 2
160 ptas.

PORTUGAL

RETRATO DE UN CAPITAN

a qué hora vas a salir del cuartel o del campamento, a qué hora vas a comer o si puedes o no fumarte un pitillo. Sales para una operación de un día o de cuatro días, o de tres, y te llevas latas de comida prefabricada sin saber muy bien tus movimientos. Africa es dura e implacable con el soldado blanco. Hace mucho frío y mucho calor, lluvia, vendavales y un silencio a veces que te atraviesa. No consigues dormir, y esta vida te trastorna. La lucha contra la guerrilla es extenuadora, porque tienes que estar pendiente de todos los detalles.

Yo no he permitido nunca que se torturara o se cortara la cabeza a los prisioneros terroristas. Repito: no lo autoricé nunca, desde aquella primera vez en que un francotirador mató a uno de nuestros hombres y fue descubierto y hecho prisionero. El sargento me pidió permiso para cortarle las orejas. "Serás castigado si lo haces", le respondí. Después hubo otras ocasiones, pero jamás permití que tocaran a un prisionero. Nuestra vida allí nos aproximó al soldado. En las horas muertas, que eran pocas, escuchábamos música en la radio para hacer descansar a nuestro sistema nervioso, y, sobre todo, hablábamos. Yo conocía uno por uno a mis cincuenta soldados. Sabía de sus problemas económicos o de sus problemas familiares y de los contratiempos a que les llevaban dos o más años en ultramar. Los capitanes vivimos, como digo, en contacto muy estrecho con el soldado. Leíamos sus cartas o compartíamos sus vivencias. Aquí, en el cuartel, hacemos una vida muy distinta. Pero en Angola, o Mozambique, o Guinea, el soldado y el capitán viven y luchan hombro con hombro. Nada de esto les sucedía a los generales, que salvo Spínola y algún otro, vivían cómodamente la guerra desde Lisboa. Yo he visto a capitanes amigos míos y compañeros de Academia morir allí, en medio de aquel paisaje tan maravilloso de playas, cascadas, palmeras, de temperaturas tan cambiantes, un paisaje de grandes dimensiones. Allí viví también el día más impresionante de mi vida: cuando mataron a un soldado a dos metros de donde yo estaba; era de mi compañía. Fue en 1966 y yo acababa de llegar. Estaba atónito, sorprendido por aquel paisaje y por aquella guerra. Lo mataron en el asalto a un campamento terrorista, le destrozaron la cabeza de un tiro. Pero después se te pasa, ya no reaccionas, se te endurece la piel: es la guerra.

El "movimiento de los capitanes", según algunos, tiene raíces económicas, o mejor dicho, de reivindicaciones salariales. No es cierto. Todo comenzó con un decreto del Ministerio de Defensa Nacional sobre intercalación de antiguos oficiales milicianos. Querían equipararlos a los oficiales de carrera. Nosotros protestamos. Fue la primera protesta.

He viajado muy poco por Europa, pero siempre he visto que nos desprecian, que Portugal es algo así como una vergüenza en Europa. Esto me duele. Pero los europeos no despreciaban, como es natural, al pueblo portugués, que no tenía la culpa de nada, sino al Gobierno y al Ejército, que era instrumento de ese Gobierno. Yo, una vez, en París, no me atreví a confesar que era capitán del Ejército portugués y que había luchado durante seis años en Africa. Esta es la razón de nuestro golpe del 25 de abril: devolver las esperanzas al pueblo, sus libertades. Que podamos pasear por Europa con la cabeza alta. Hemos acabado con la PIDE, la policía política, de la que fuimos víctimas, aunque indirectamente .Sabía, por el pueblo, lo que la PIDE hacía. Por los estudiantes universitarios, con los que hablaba. Por mi hermano, que es abogado. Nuestros familiares, o nuestros amigos, o los estudiantes, nos informaban de lo que sucedía en el país. Yo recibía sus cartas en Angola y Mozambique y se me decía claramente que el Ejército sería culpable si no intervenía.

Soy militar, pero no militarista, y creo que éste es el caso de mis compañeros. He visto a cincuenta, sesenta, no sé, cien personas, morir a mi lado. Soldados de mi compañía o terroristas, y me horroriza la muerte. No entiendo la pena de muerte. Soy de educación pacifista, no hago la guerra por gusto, no soy un mercenario. Elegí esta carrera porque tenía vocación por ella. Un día, mi padre, que es maestro, entró en Infantería como oficial miliciano. Yo era muy pequeño e iba al cuartel, donde había caballos, y me gustaba aquella vida. Después de aprobar el séptimo año en el Liceo decidí ser militar de profesión. Estuve tres años en la Academia Militar de Lisboa y un año y medio en la Escuela Práctica.

En 1966 marché a ultramar. Aquello fue un "shock" para mí, porque todo era improvisado: los cuarteles, los campamentos. Allí el capitán está sólo, no es como en el cuartel. Allí decides, casi en solitario, sobre la vida y los movimientos de tus hombres. Esto nos ha enseñado a los capitanes a organizar, a decidir en circustancias difíciles, a diagnosticar una situación y resolverla. El pueblo nos odiaba porque éramos cómplices, y nos pusimos todos a trabajar con los tenientes y los mayores, aunque nosotros llevábamos el peso porque somos muchos más en número, para acabar con aquello, con el divorcio entre el pueblo y las Fuerzas Armadas, con la represión. No se nos dejaba estudiar, leer o preocuparnos por temas importantes; nos aislaban del pueblo. Total, para defender el poderío económico de unos pocos. Oliveira Salazar había dicho un día que los portugueses nos sentíamos "orgullosamente solos". Aquello era una aberración. Por eso actuamos.

La alegría ha vuelto a la calle y a los cuarteles. Nos traen ramos de flores y quieren homenajear a los capitanes. No es necesario. Hemos cumplido después de prepararlo todo minuciosamente. No fue fácil o tan fácil como parece. Si el movimiento fracasaba, iríamos todos al destierro para siempre y la represión sería terrible. Pero los soldados estaban con nosotros, y nuestras familias. Mi hermano el abogado, y el otro, que va a ser médico, y los amigos universitarios me enviaron un telegrama emocionado. Pero esto ha sido obra de todos.

He olvidado decirle que estoy casado desde 1965. Tengo dos hijos; la niña, que ha cumplido seis años, nació en Mozambique. Gano 9.000 escudos al mes y 3.000 más cuando me destinan a ultramar». ■ **M. L.**

EDITORIAL SEIX BARRAL

LAS ULTIMAS NOVEDADES

«CONFIESO QUE HE VIVIDO. MEMORIAS»,
de Pablo Neruda.
511 páginas. 330 pesetas.

«CAMBIO DE PIEL»,
de Carlos Fuentes.
503 páginas. 330 pesetas.

«OBRA INGLESA» (2.ª edición),
de José Blanco White.
Prólogo de Juan Goytisolo.
331 páginas. 225 pesetas.

«CAMINANDO POR LAS HURDES» (2.ª edición),
de Antonio Ferres y Armando López Salinas.
145 páginas. 80 pesetas.

«LA CABEZA DEL CORDERO»,
de Francisco Ayala.
214 páginas. 160 pesetas.

«CAMPOS DE NIJAR» (2.ª edición),
de Juan Goytisolo.
145 páginas. 80 pesetas.

«LA NOVELA SOCIAL ESPAÑOLA» (2.ª edición, corregida y aumentada),
de Pablo Gil Casado.
598 páginas. 450 pesetas.

«EN LAS MONTAÑAS DE LA LOCURA» (2.ª edición),
de H. P. Lovecraft.
175 páginas. 130 pesetas.

«LOS CLANDESTINOS»,
de Fernando Namora.
332 páginas. 280 pesetas.

Solicite catálogos e información en:

Seix Barral

Hermanos Alvarez Quintero, 2.
Madrid-4.

Provenza, 219.
Barcelona-8.